

Útil y didáctico

Caricatura económica en Colombia 1880-2008. La economía con algo de humor

JUANITA VILLAVECES NIÑO

Universidad del Rosario, Bogotá, 2011,
231 págs., il.

TANTO LA investigación histórica, como la enseñanza de la historia, incorporan diversas fuentes para una mejor y más amplia comprensión de los temas abordados. Entre esas fuentes se encuentran las caricaturas, las cuales se convirtieron en un componente distintivo de la prensa escrita durante el siglo XX. Por esta razón, se han utilizado para estudiar aspectos políticos, estereotipos, y percepciones subjetivas de opinión. En este ámbito se han efectuado los principales aportes en la historiografía colombiana, sobresaliendo las investigaciones de Germán Colmenares sobre Ricardo Rendón, o los estudios de Beatriz González sobre diversos caricaturistas, como Pepe Gómez. El libro de Juanita Villaveces incursiona en un terreno diferente, puesto que se ocupa de la caricatura económica en Colombia durante el periodo 1880-2008.

Que sepamos, este es el primer esfuerzo que se realiza por rescatar esta fuente histórica para el conocimiento de la historia económica del país. La autora indica que el libro se originó a partir de sus preocupaciones pedagógicas por encontrar nuevos caminos en la enseñanza de la historia económica de Colombia, que la llevaron a utilizarla en el aula de clase. Lo que empezó como un ejercicio didáctico se convirtió en un proyecto más amplio que la condujo a buscar en periódicos nacionales y a compilar un vasto material, del cual se seleccionaron las 364 caricaturas que se encuentran en el libro. La autora es cuidadosa en indicar los límites y alcances de su proyecto, puesto que precisa no solo en la Introducción, sino en el apartado “Caricatura: uso y significado para la historia económica” los objetivos de su investigación. Al respecto señala los materiales escogidos, que son los diarios *El Tiempo*, *El Espectador*, la revista *Semana* y algunas compilaciones de caricaturistas nacionales, en

general correspondientes a la “prensa liberal”, es decir, cuya afiliación política está alinada con el Partido Liberal. A partir del material recopilado se seleccionaron siete temas: imaginarios sobre la economía en Colombia; bienestar, poder adquisitivo y calidad de vida de la población; asuntos financieros y ajustes macroeconómicos; crisis financieras privadas; vivienda; sector rural: café y tierra; y, misceláneos. La elección de los temas se sustenta en el interés de mostrar el vínculo “entre humor, caricatura y economía en Colombia durante un largo período de tiempo”, así como “ver, a través de las caricaturas, los temas económicos más sensibles a la opinión pública, sin ser necesariamente los temas más complejos o recordados para los economistas”, y “mostrar que la economía es un área de interés para los caricaturistas, pues muchas veces se asocia su labor de graficar con una crítica vehemente a la política y la sociedad” [pág. 19].

Asimismo, la autora precisa lo que entiende por caricatura económica, una categoría que no corresponde a los mismos caricaturistas, sino que es acuñada por el investigador de la historia para acotar su campo de interés y la búsqueda de fuentes. En otros términos, no es que un caricaturista se especialice en hacer dibujos sobre economía y otros en trazar gráficas sobre política, sociedad o cultura, ya que en realidad el mismo caricaturista efectúa dibujos de todas estas clases. Lo que sucede es que, por la fuerza que pueda tener un acontecimiento económico en un momento determinado (una crisis, el desempleo, el alza de precios...), un caricaturista resulta impactado con estas noticias y las registra en sus dibujos. En ese sentido, caricatura económica sería “la imagen o dibujo rápido que responde hábilmente a las circunstancias o situaciones complejas de la economía, buscando denunciar y criticar algunas realidades nacionales” [pág. 27].

El análisis historiográfico cuestiona aquel tópico, convertido en un lugar común, que se expresa en la idea que “una imagen vale más que mil palabras”. En la sociedad contemporánea, en la que a cada segundo se producen miles de imágenes que nos “bombardean” en la calle, en una cafetería o

restaurante (porque a toda hora, como en una cámara de tortura, está prendido en forma invariable el televisor), o en la vida cotidiana y más íntima por la presencia del insostenible celular, ese tópico pareciera ser válido, en la medida en que la “cultura de la imagen” se contrapondría a la reflexión y el análisis que necesita ir más allá de la sensación gráfica. Pero el prejuicio que una imagen valdría más que mil palabras no tiene el más mínimo sentido cuando se usan imágenes (en este caso caricaturas) del pasado o que proceden de una cultura con otros códigos completamente distintos al ámbito cultural en que se mueve una determinada persona o sociedad. Como para dar un ejemplo contundente podríamos manifestar que la pintura *La última cena*, que tanto significa para alguien formado en la religión católica, para un musulmán o un budista simplemente es una gran comilona. Pues eso mismo sucede cuando a una persona se le muestra una caricatura histórica, la cual no puede ser comprendida sin su respectivo contexto, y para eso se requiere de un análisis histórico que va más allá de la exposición de la simple gráfica. Para ello se necesita de la presentación detallada de las circunstancias en que se genera la caricatura, lo cual requiere, en muchos casos, de más de mil palabras.

Esto, justamente, lo entiende la autora a lo largo del libro, porque intenta explicar cada una de las caricaturas que utiliza en su respectivo contexto. Por supuesto, que si se considera la magnitud del material que maneja (364 caricaturas) y la amplia temporalidad que abarca (más de un siglo cronológico) no siempre lo logra, pero por lo menos se nota el esfuerzo e interés en dilucidar el contenido de la mayor parte de los dibujos incorporados. A lo que debe agregarse que la caricatura como fuente histórica no permite la reconstrucción de hechos concretos, sino captar la atmósfera o el estado de ánimo de un momento particular, porque además el caricaturista plasma en su respectivo dibujo su propia subjetividad. Por ello, dice la autora, la caricatura editorial, que se publica en las páginas centrales de un diario, debe ser analizada junto con los editoriales, en los que se da cuenta de la postura del periódico ante

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>los temas álgidos de una coyuntura determinada, o por lo menos como lo aprecian los editorialistas (o dueños) del medio.</p> <p>En cada una de las secciones del libro hay un despliegue de calidad editorial, que lo hace llamativo y atractivo en sí mismo. Cada sección viene acompañada del texto explicativo de la autora que ayuda al lector a entender y a seguir un hilo argumentativo de los gráficos expuestos. En general, los textos son claros, concisos y explicativos, pero en pocos casos hay cuestiones discutibles. Por ejemplo, en un momento determinado [pág. 53 y sigs.] se habla de clase media y trabajadora a la que se presenta como si fuera idéntica, pero en las caricaturas que se incluyen resulta evidente que en ellas se alude a la “clase media” y no a los trabajadores. En efecto, en las caricaturas presentadas (de la núm. 37 a la 42) es evidente que los caricaturistas se refieren a la clase media y no usan el apelativo de clase trabajadora. No es que la clase media no forme parte de los trabajadores, ni que sus ocupaciones y labores sean de otro tipo, con relación a los trabajadores manuales, fabriles, del campo y de la ciudad, puesto que en realidad su posición de clase depende del papel que desempeñen dentro de un entramado de relaciones sociales. En esta parte de la obra se aprecia una confusión terminológica como punto de partida que no ayuda a entender lo que expresan las caricaturas presentadas. La confusión de la autora se presenta cuando afirma que debido a la creciente urbanización de las décadas de 1950 y 1960 emergió una “clase social en ascenso, que puede denominarse trabajadora o clase media, y que igualmente enfrenta las necesidades y dificultades de la vida en la ciudad” [pág. 53].</p> <p>Otro elemento discutible es cuando la autora se pliega, sin ninguna distancia crítica, a los mismos prejuicios de los caricaturistas. Esto se evidencia con respecto a unos dibujos de Vlado en los que este habla de “terroristas”, el vocablo usado por el régimen de la “Seguridad Democrática” para referirse a los insurgentes y que el mencionado caricaturista asume como tal. Lo mismo hace la autora, sin distanciarse de ninguna manera de tan discutible apelativo (véase caricatura núm. 12,</p>	<p>págs. 39 y 161).</p> <p>Un tema central del libro es el relativo al sector rural [págs. 143-164], dada la importancia histórica que el monopolio terrateniente de la tierra tiene en la historia de Colombia, desde el siglo XIX hasta el momento actual. Cualquier lector desprevenido de esta obra al consultar esa sección, descubrirá la manera como a lo largo del tiempo, desde la década de 1920 hasta hoy, los caricaturistas denuncian ese monopolio territorial, la situación de los campesinos y el despojo de que son víctimas. Sin embargo, la autora no le confiere la importancia que este aspecto merece en la comprensión de la historia económica de Colombia y da una explicación poco convincente de lo que sucedió en el país desde la década de 1990, cuando afirma:</p> <p>Al parecer [¡!] los años 90 pasaron sin que se hiciera mucho énfasis en la problemática de la tierra. El país [¿cuál, el de los terratenientes, los agroindustriales o los campesinos?] inició un proceso de política de tierra ligada al mercado... Adicionalmente, el interés centrado en la lucha contra el narcotráfico [¿de verdad?] y el terrorismo [sic] quizá no hizo evidente la problemática rural, misma que años después desbordaría la atención de los medios, el gobierno, las ONG y demás actores por causa de la creciente expulsión de la población rural –desplazamiento interno forzado– y la apropiación masiva de tierra por parte de los nuevos actores ilegales [sic]: los paramilitares. [pág. 161]</p> <p>Este párrafo es verdaderamente de antología, por todas sus inexactitudes y lugares comunes, que son los mismos del Estado, de las clases dominantes y de sus medios de comunicación, entre los cuales debe recalcarse que es dudoso que aquí de verdad se haya enfrentado el narcotráfico, y que los paramilitares sean actores ilegales, cuando lo que se ha descubierto en los últimos años demuestra que es un actor legal que funciona gracias al apoyo del Estado. Incluso, lo que resulta paradójico es que gran parte de las caricaturas que aparecen en esta sección (págs. 161 y siguientes, caricaturas 273 a 279) indican precisamente lo contrario a lo que dice la autora en el párrafo citado y que solo forma parte del</p>	<p>despojo y de la antirreforma agraria que tanto ha beneficiado a ganaderos, latifundistas y narcotraficantes.</p> <p>Al margen de estos aspectos discutibles, debe reconocerse que la autora ha hecho un notable esfuerzo por producir un material útil y didáctico para la enseñanza de la historia económica de Colombia, que ojalá sea empleado por los profesores de colegios y universidades.</p> <p style="text-align: right;">Renán Vega Cantor Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional</p>